Ricardo Peltier San Pedro

Los Clynes, el Jazz y el Riguz

Xochimilco Editions
Colección: La Casa de Santa Bárbara
México
Diciembre de 2016
Derechos Registrados D.R. Copyright

Ricardo Peltier San Pedro

Los Clynes, el Jazz y el Riguz

Xochimilco Editions

México ~ Barcelona ~ Bogotá ~ Buenos Aires ~
Caracas ~ Madrid ~ Montevideo ~ Miami ~
Santiago de Chile

A la memoria de mis tíos Clynes San Pedro,
Jorge, Roberto, Amalia,
Rosa Lee, Beryl y Betty Lou

Con nostalgia y cariño para mis tías:
Jean Nissen y Lula Mojica

En 1924 un periodista del New York Times se refería al jazz como: "…el retorno de la música de los salvajes…". En 1987 el Congreso de los Estados Unidos de América declaró al jazz como "un destacado modelo de expresión…" y como "un excepcional tesoro nacional".

"Tío, si tienes que preguntar qué es el jazz, nunca lo vas a saber."

Louis Armstrong

"El jazz no es el qué, es el cómo."

Duke Ellington

¿Cuándo comenzó la historia del jazz en México?… ¿En verdad importa? Lo real es que empezó, continuó y continúa…

Alain Derbez

Mi primer encuentro formal con el jazz fue a la edad de 15 años, y sucedió, ni más ni menos, que en el famoso Bar Riguz, uno de los primeros lugares que se abrieron en la Ciudad de México para escuchar ese género musical, expresión de la cultura afroamericana. Existieron, por supuesto, otros muchos sitios, como El Eco, ubicado en la calle de Sullivan, o el Jazz Bar, en la esquina de Álvaro Obregón y Sonora, pero ninguno trascendió tanto como el Riguz, al grado de que la gente se refería al lugar como "La Catedral del Jazz en México". El Riguz era una especie de club de jazz, y fue fundado en 1957 por el bajista norteamericano Max Cooper, por el trompetista "Chilo" Morán y por el baterista "Tino" Contreras. El Riguz estaba sobre la Avenida de los Insurgentes, frente al Parque Hundido, a un costado del Hotel Insurgentes. El primer disco de jazz que se grabó en vivo en México fue en 1959, y fue precisamente ahí, en el Riguz; el disco se llamó, ¡claro está!, *Jazz en el Riguz*.

A este club de jazz —cuenta Tino Contreras—, acudían con frecuencia "… los hijos de los presidentes, todas las bellas chavas: Fanny Cano, Luz María Aguilar, Sonia Furió; los galanes también, los directores de las películas, y por supuesto, grandes músicos, como Francisco Fellové Valdés". Por cierto, a este músico cubano, el "Gran Fellové", como lo bautizó artísticamente Mario Rivera Conde, vicepresidente de la RCA, yo lo veía con frecuencia caminando por los rumbos de mi casa, en la Colonia Noche Buena, pues él vivía en uno de los edificios de la calle de la Florida, entre Boston y Holbein, a una cuadra del Parque Hundido. Era imposible no notar su presencia en la calle, porque si no iba cantando a todo pulmón, iba bromeando y gritando barbaridad y media a la gente que se le cruzaba por el camino. Como por esa época había grabado, con la orquesta de Ismael Díaz en la XEW, un comercial para la Pepsi-Cola; la gente le respondía ¡Eeehhh Pepsi Cola! ¿Y tú cómo estás?

El Gran Fellové llegó a México en 1955, por invitación de otro gran compositor cubano, José Antonio Méndez, autor ni más ni menos que de *La Gloria Eres Tú*, un exquisito bolero que inmortalizó la cantante Toña "La Negra", y que luego Pedro Infante interpretó de manera magistral en la película Dos Tipos de Cuidado. A propósito, debo decir que los tíos Jorge y Roberto Clynes se hicieron muy "cuates" de José Antonio Méndez, a finales de los años cincuenta, antes de que retornara a Cuba para celebrar el triunfo de la revolución que encabezó Fidel Castro. Resulta que en la planta baja del edificio en donde estaban las oficinas de los tíos Clynes, en la mera esquina de la calle de Morelos y Paseo de la Reforma —en donde está la Glorieta de Cristóbal Colón—, abrió sus puertas un nuevo restaurante, el "Cardini Internacional" ¡Sí!, el de Alex Cardini, el mismo que inventó la ensalada César. Y ahí, precisamente, en el piano bar del restaurante, empezó a cantar y tocar la guitarra todos los días —casualidades de la vida— José Antonio Méndez. Los

tíos Jorge y Roberto Clynes, obvio, empezaron a bajar con frecuencia a la hora del medio día para disfrutar la música de este gran cantautor cubano, ¿y por qué no?, ¡echarse dos que tres cubas libres!, y por supuesto, comer la especialidad de la casa: ¡Una César!

Con el paso del tiempo, empezaron a frecuentar también el lugar sus esposas —Jean y Lula —, sus hermanas, amigos suyos y… Rodolfo y Catalina, mis padres. En pocas palabras, los viernes a medio día se armaba en "Cardini Internacional" la gran "pachanga". En algunas ocasiones —cuentan por ahí— salían todos del restaurante ya de noche, para trasladarse a casa de Alex Cardini, y disfrutar en persona al mismísimo ¡Dámaso Pérez Prado!, el cual empezaba la noche cantando y bailando el "Mambo No. 5", y terminaba en la madrugada interpretando "Mambo No. 8". ¡Así era la vida en México en ese entonces!

Además de todas las personalidades del mundo de la política, del cine y de la música que acudían puntualmente al Bar Riguz los fines de semana, también asistían el tío Jorge Clynes, con su esposa Jean; el tío Roberto Clynes —conocido como "Baby" por medio mundo—, con su esposa Lula; la tía Amalia Clynes, con su esposo Carlos Moller; la tía Betty Lou Clynes, con su marido Mario Riestra; la tía Rosa Lee Clynes —no sé si sola o ya en compañía de Jorge Palavicini—; y la "Cocha", es decir, mi mamá; y por supuesto, ¡yo! Asistían también —antes de que se fueran a vivir a Tampico— la tía Berla Clynes, con su marido, el doctor Gonzalo Santos Priggs, quién por ese entonces era subdirector del IMSS, y el cual —tengo que decirlo—, prestó ayuda invaluable a mi papá cuando cayó enfermo gravemente en 1962, al conseguirle una *PO* (por orden superior) para que pudiera ingresar al seguro social. Solían ir también amigos de los tíos Clynes y de mi madre, como Tomás Ennis, Juan

Manuel García, Josefina Grey (alias la "Chepa"), Marta Méndez y Melo Shoulman.

Cuando empecé a frecuentar el Riguz, esto es, a mediados de 1965, mi padre tenía pocos meses de haber fallecido; yo estudiaba en la secundaria pública No. 3 "Héroes de Chapultepec", y el país estrenaba presidente, el innombrable Gustavo Díaz Ordaz, quién sucedió, el 1º de diciembre de 1964, a uno de los mandatarios más populares que haya tenido México, don Adolfo López Mateos (1958-1964), el presidente "viajero", como le decían algunos, o "viejero", como le decían otros, y el cual un día de julio de 1960 dejó a todos los mexicanos estupefactos cuando declaró: "mi gobierno es, dentro de la Constitución, de extrema izquierda" ¡Charros! Lo anterior, claro está, como reacción al triunfo de la Revolución Cubana del 1º de enero de 1959. Dos o tres años después de la famosa declaración del presidente López Mateos, aparecieron pegados en los todos postes de la colonia en la que vivía con mis padres, en la Noche Buena, letreros que decían: "Cristianismo sí, comunismo no".

Al frente del Departamento del Distrito Federal (D.D.F., en aquel entonces) estaba el temible Ernesto P. Uruchurtu, quién repetía por tercer sexenio consecutivo, y el cual desde que asumió el cargo por primera vez en 1952, la agarró en contra de todos aquellos lugares (teatros, cabarets, cantinas, bares, etc.) que promovían "el vicio" de los citadinos, por lo que se dedicó a promulgar a diestra y siniestra leyes y reglamentos absurdos para defender la "moral" de los seis millones de personas que habitábamos la "capirucha", o como hubiera dicho el primo Carlos Fuentes en aquella época: "La Región Más Transparente." El Regente —cuyo perfil "a lo Dick Tracy" caricaturizaba, un día sí y otro también, Abel Quezada—, le decía constantemente a la creciente

clase media defeña surgida de la Revolución Mexicana de 1910: “Hay que moralizar la ciudad”, “Hay que imponer la decencia pública.”

Entre las muchas “linduras” que se le ocurrieron al sonorense Ernesto P. Uruchurtu, una de ellas fue la de decretar que los cabarets y los “desveladeros” cerrarán sus puertas a la una de la mañana, esto es, ¡cuando estaban en plena actividad! Por supuesto, esta medida absurda originó la quiebra de casi 50 % de los establecimientos existentes. Se atrevió a clausurar lugares “sagrados” para los capitalinos, como el famoso Waikiki y el Salón México. Como alguien apuntó por ahí: ¿Cuántos jazzistas y músicos no recuerdan, mas que al regente Ernesto P. Uruchurtu, a su señora madre? Por si fuera poco, el “Regente de Hierro” —como también le decía la gente— se dio el “lujo” de prohibir en 1965 que los Beatles se presentaran en el D.F. ¡¡¡Para matarlo!!!

Como es de entender, los dueños del Bar Riguz se esmeraban en cumplir con las absurdas disposiciones establecidas por el Jefe del D.D.F., ante la temible amenaza de una clausura. No obstante, y a pesar de que yo era menor de edad, me “colaba” de manera clandestina al Riguz, al igual que mis primos Donaldo Clynes Nissen y Gonzalo “Chalo” Santos Clynes, que también eran menores de edad. Lo anterior no era en realidad una gran hazaña, pues como la tía Amalia Clynes vivía con su esposo Carlos Moller en el Hotel Insurgentes (¡en serio, ahí vivían!) nos podía introducir sin mayor dificultad por una discreta puerta que estaba en el lobby del hotel; además, por si fuera poco, Carlos Moller, era socio del bar. Mis hermanos Rodolfo y Roberto, mayores que yo, al igual que mi primo Roberto Santos Clynes —quien tocaba jazz en el piano y en el bajo estupendamente bien—, y la prima Bárbara Clynes Nissen, entraban por la puerta principal sin mayor problema; ¡qué envidia!

Antes de continuar, tengo que decir que en esa época, en la década de los sesenta, se produjo una circunstancia curiosa. No sé si por azares del destino, por pura casualidad o por un plan premeditado de Dios, los Clynes empezaron a mudarse en masa a la misma colonia en la que yo vivía con mi familia. En efecto, al poco tiempo de que Rodolfo y Catalina —"Fito" y "Cochita", mis padres—, y mis hermanos Rodolfo, Catalina, Roberto, Eduardo y yo nos cambiamos a la casa No. 80 de la calle de Baltimore, en la Colonia Noche Buena, los Clynes empezaron a poblar el vecindario como hormigas ¡Y no exagero! El tío Jorge Clynes y la tía Jean, junto con sus hijos Bárbara, Donaldo, Jorge y Tomás, se mudaron al lado de mi casa. Por su parte, el tío "Baby" Clynes y la tía Lula alquilaron una casa a la vuelta de la esquina, en la calle de Boston, la cual compartieron con sus hijos Roberto, Úrsula, Carlos y Arturo; con Claudia no, pues todavía no nacía. A propósito, en la casa de Boston, el primo Donaldo Clynes y yo pintamos un "espectacular" mural en la pared del bar, ¡una verdadera obra de arte! ¡Qué Siqueiros ni qué nada!

Cuando el negocio de los tíos Jorge y "Baby" Clynes empezó a rendir frutos —empezaron a venderle maquinaria y equipo a PEMEX—, el tío Jorge y la tía Jean se cambiaron a… ¡cuadra y media!, al recién construido "Edificio Atlanta", el que está ubicado en el número 179 de la calle de Atlanta. Y si bien el tío "Baby" y la tía Lula se mudaron a una zona más alejada, allá por los rumbos de Ciudad Universitaria, la casa que desocuparon fue habitada inmediatamente por el tío Gonzalo "Chalo" Santos y la tía Berla Clynes, junto con sus hijos Roberto, Gonzalo, Beryl Cynthia y Ricardo; ¡qué cosa!

Y por si esto fuera poco, al lado del Edificio Atlanta, al que se mudó el tío Jorge Clynes con toda su familia, se fue a vivir Doña María Teresa Priggs

Andrade, madre del tío Gonzalo "Chalo" Santos, esto es, la primera esposa del General Gonzalo N. Santos, el "Alazán Tostado", gobernador del estado de San Luis Potosí, de 1943 a 1949, y último caudillo de la Revolución Mexicana. A Doña María Teresa tuve la oportunidad de tratarla, ya que en muchas ocasiones acompañé al primo "Chalo" a visitarla, cuando este venía a la Ciudad de México a pasar sus vacaciones de verano, pues estudiaba la preparatoria en el Tec de Monterrey. La abuela del primo "Chalo" —lo recuerdo muy bien— vivía en un modesto departamento que estaba en la parte superior de una sastrería, a la cual mi mamá me mandaba a cada rato para que nos zurcieran y arreglarán la ropa de la casa. Doña María Teresa era una pintora talentosa; de hecho, llegó a exponer su obra en una importante galería en la Ciudad de los Ángeles. La prima Beryl Cynthia tiene colgado en una de las paredes de su casa de Tampico un cuadro muy bello que realizó su abuela paterna, en la que aparece pintado su papá con un niño al lado.

Ahora, por imposible que parezca, esta historia no termina aquí. La tía abuela Amalia San Pedro Salem —hermana del abuelo Eduardo—, quién vivió toda su vida en el puerto de Tampico al lado de su esposo Jorge W. Clynes, se mudó a la Ciudad de México al enviudar, y alquiló, junto con su hija Betty Lou, un departamento en el quinto piso de un edificio que estaba a unas cuantas cuadras de mi casa, en la Avenida de los Insurgentes, frente al Parque Hundido y a un lado del Hotel Insurgentes ¡Válgame Dios! De la tía abuela Amalia San Pedro tengo presentes dos recuerdos muy claros, pese a que han transcurrido más de cincuenta años: el olor de la crema para las arrugas que preparaba con *cold cream* (Pons o Sanborns, según la disponibilidad), aceite de almendras, glicerina y yema de huevo, que todas las noches se embadurnaban en la cara las tías Clynes y mi mamá, lo que explica que se mantuvieran jóvenes y bellas, y la "anforita" de plata rellena de "petróleo" (tequila, agua, limón y

jugo Maggy, con una pizca de sal) que bebía todos los días, y por lo cual —toda la familia está absolutamente convencida de ello— logró vivir hasta los ¡88 años!

Por cierto, al poco tiempo de que la tía Amalia San Pedro y su hija Betty Lou se mudaron al edificio de la Avenida de los Insurgentes, se inauguró en la planta baja del mismo "El Rincón Gaucho", un restaurante cuya especialidad era, obviamente, la comida argentina (bife de chorizo, chimichurri, empanadas, etc.), cuyo copropietario era el luchador profesional, mago, arquero, portero de futbol, ilusionista, empresario, cantante de tango, actor y galán de cine, Wolf Ruvinskis. A propósito, este actor nacido en Letonia en 1921 y nacionalizado mexicano, filmó con Pedro Infante la mejor escena de boxeo del cine nacional, como se puede apreciar en "Pepe El Toro", la tercera y última película de la trilogía "Nosotros los Pobres" y "Ustedes los Ricos", que dirigió Ismael Rodríguez a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Como las tías Clynes y mi mamá estaban "enamoradas" de Ruvinskis, iban con mucha frecuencia a comer a dicho restaurante. Ahora bien, al lado de "El Rincón Gaucho" estaba el Bar Riguz, y junto a este, el Hotel Insurgentes, lugar en el que vivía la tía Amalia Clynes con su marido Carlos Moller ¡Qué tal! Un micromundo urbano cuyo epicentro era el Parque Hundido.

Como resulta fácil de comprender, el Parque Hundido —que en realidad se llama Parque Luis G. Urbina, en honor al ilustre poeta y cronista chilango— fue un lugar muy importante en mi vida, pues ahí caminé, corrí y anduve en bicicleta como loco en mi adolescencia, y en mi juventud llevé a mi primera novia a pasear. En ese lugar, además, eché toda clase de competencias con los primos "Chalo" Santos y Donaldo y Jorge Clynes, así como con mis

amigos de la colonia. Una de estas competencias —bastante peligrosa por cierto— consistía en aventarse en bicicleta desde la parte más alta del parque, la que está precisamente frente al Riguz, para descender a toda velocidad cuesta abajo y luego librar, al final, una pequeña barda de concreto. Si uno lograba pasar por el único hueco que había en la barda, ganaba la competencia, pero si no, uno volaba por el aire varios metros para caer después de cabeza al suelo y… ¡páquatelas! ¡Santo "fregadazo"!

El Parque Hundido, por cierto, tiene esa condición debido a que antes había ahí una fábrica de ladrillos —la Compañía Ladrillera la Nochebuena— la cual extrajo durante la época del porfiriato grandes cantidades de arcilla para elaborar tabiques y ladrillos, lo que originó enormes oquedades por debajo del nivel original del suelo. A cuento de lo anterior, los sobrinos de la tía Betty Lou siempre le decíamos en tono de broma —y por supuesto con mucho respeto— que ella era la única responsable del "hundimiento" del parque por las miles de veces que lo cruzó caminando para ir de su casa, que estaba a un lado del Hotel Insurgentes, al Bar de "Los Pinos", que estaba del otro lado del parque, en la calle de Porfirio Díaz. La tía, por supuesto, soltaba la carcajada y nos mandaba a todos a volar. ¡Ah qué tía Betty Lou! ¡Cómo se le extraña!

En la época en la que yo frecuentaba el Parque Hundido, esto es, en la década de los años sesenta, el lugar estaba algo descuidado, pero fue totalmente renovado por el tío Manuel Jiménez San Pedro, cuando estuvo al frente de la Delegación Benito Juárez (1969 a 1975). La idea de poner en los andadores del parque réplicas icónicas de piezas arqueológicas representativas de las culturas olmeca, tolteca, totonaca y maya fue de él, y al parecer también —pero no estoy del todo seguro— la de instalar un espectacular Reloj Floral en

la entrada principal del parque, en donde está la estatua de la actriz mexicana Dolores del Río. El Reloj Floral, que fue inaugurado en 1977 por el Presidente José López Portillo (1976-1982), tiene una superficie de 78 metros cuadrados y un diámetro de 10 metros, y fue hecho en Puebla, en la Fábrica de Relojes Zacatlán.

Debo comentar, para aquellos que no lo saben, que el tío Manuel Jiménez San Pedro convivió mucho con los tíos Clynes y con mis papás en los años cincuenta y parte de los sesenta, época en la que fue director general de CEIMSA, una empresa estatal creada para distribuir alimentos baratos a la población de bajos recursos, y que luego se transformó en la CONASUPO. A todo esto, el tío Manuel contestó el IV Informe de Gobierno que el Presidente Miguel Alemán (1946-1952) rindió al Congreso de la Unión el 1º de septiembre de 1950. Uno de sus hijos, Rodolfo Jiménez Guzmán, fue compañero mío en la prepa No. 4 y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Al otro de sus hijos, Manuel, lo traté poco, pero sé que estudio economía en la UNAM, que se integró como dirigente juvenil a las filas del PRI, que en 1973 fundó, con don Jesús Reyes Heroles —el presidente del PRI— el Movimiento Nacional de la Juventud Revolucionaria (MNJR) y que luego fue "Soberano Gran Comendador del Supremo Congreso Masónico de México" ¡Ah! ¡Se me olvidaba! El primo Manuel fue vecino por muchos años de mi hermana Catalina, cuando ella vivía con su marido Gilberto Gómez Priego en la calle de Tetipac No. 11, en el Fraccionamiento San Buenaventura, en Tlalpan. Debo decir que el primo y mi hermana, no obstante ser vecinos, nunca se dirigieron la palabra; ¡cosas de la vida!

Las noches en las que tuve la fortuna de estar de manera "clandestina" en el Bar Riguz son para mí inolvidables, y definieron mi gusto

por el jazz. En ese lugar oí, por primera vez en mi vida, tocar a Tino Contreras, el rey de la batería, el tema musical de la película "El Hombre del Brazo de Oro", un filme dirigido por Otto Preminger, y cuyo estreno en 1955 fue todo un escándalo, pues la temática —tabú en aquella época— era la de un crupier adicto a la heroína, que quería ser baterista de una gran banda de jazz, rol que por cierto fue interpretado magistralmente por Frank Sinatra. El peculiar estilo de Tino Contreras, como bien apunta Gerald Short, propietario del sello inglés Jazzman Records es —pues Tino todavía a sus 85 años sigue pegándole duro a los timbales— la de un baterista que "… interpreta el jazz de manera melódica, despreocupada, que lo mantiene a uno alerta con sus compases poco ortodoxos y sus cambios armónicos escalofriantes". Asimismo, tuve la fortuna de escuchar a Chilo Morán tocar la trompeta, a Víctor Ruiz Pasos el bajo, y a Mario Patrón, el piano. Cuando Wynton Marsalis, el famoso músico norteamericano ganador de 9 Grammys oyó tocar por primera vez a Chilo Morán en el Bar Arcano, un lugar que era dirigido por Paco Galindo, le dijo: "… así se toca el jazz, con fuego, con alma, sin alardes; no se necesita de virtuosismo, sino de corazón."

No recuerdo muy bien cuándo dejé de asistir al Bar Riguz, tal vez cuando entré a estudiar a la preparatoria No. 4 de la UNAM, la que está en Avenida Observatorio; lo que sí recuerdo perfectamente es un día —el 1º de agosto de 1968, para ser exactos— en el que yo estaba parado frente al Riguz en espera de que la manifestación estudiantil que encabezaba el Rector de la UNAM, el ingeniero Javier Barros Sierra, y los secretarios generales Fernando Solana Morales —quién sería maestro mío años después— y Jorge Alberto Ampudia Herrera —padre de mi amiga Nancy Ampudia— pasara por donde yo me encontraba para incorporarme con mis compañeros de la prepa, y ver de repente cómo se apostaban tanquetas militares en los costados del Parque

Hundido para impedir que los miles de estudiantes que venían caminando por la Avenida de los Insurgentes llegarán al Zócalo ¡Qué imagen! ¡Impactante!

Cuando el ingeniero Javier Barros Sierra se enteró de que el ejército se había apostado en el Parque Hundido, y que muy cerca de ahí, en la Plaza de Toros México, estaban acuartelados cientos de soldados, decidió detener la marcha estudiantil en la esquina de Insurgentes y Félix Cuevas —esto es, dos cuadras antes del Parque Hundido— para dar vuelta y retornar a la UNAM por la Avenida Universidad. Tan solo dos meses después, el 2 de octubre, estudiantes de la UNAM, del Poli, de las preparatorias y de las vocacionales, fueron masacrados brutalmente por el Batallón "Olimpia" —policías secretos con un guante blanco en una mano y una pistola en la otra— en Tlatelolco, en la Plaza de las Tres Culturas, al finalizar un mitin organizado por el Consejo Nacional de Huelga (CNH).

Para fortuna mía, yo no pude llegar a tiempo al mitin de la Plaza de las Tres Culturas al que habían convocado Luis Gonzales de Alba, Gilberto Guevara Niebla, Sócrates Campos Lemus y Marcelino Perelló, los principales líderes del CNH, pues cuando iba caminando por Paseo de la Reforma, hacía la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco, me topé en el camino, a la altura de la Zona Rosa, con unos amigos que tenía tiempo de no ver, por lo que me detuve a platicar un buen rato con ellos. Cuando reanudé mi camino y estaba por llegar a Tlatelolco, vi que mucha gente se retiraba apresuradamente de la zona, gritando que el Ejército había acordonado la Plaza de las Tres Culturas y que se oían balazos por doquier, por lo que opté por regresar a mi casa.

Exactamente diez días después de los terribles sucesos ocurridos en la Plaza de las Tres Culturas, el responsable histórico de la masacre estudiantil, el Presidente Gustavo Díaz Ordaz, inauguraba el 12 de octubre de 1968 (¡como si no hubiera sucedido nada!) los Juegos Olímpicos en el estadio de Ciudad Universitaria ¡Qué paradoja! Eso sí, fue tan fuerte el abucheo y la rechifla de las miles de personas que estaban en el estadio de CU cuando estaba leyendo la declaratoria inaugural de los "Juegos de la XIX Olimpiada" —cuyo símbolo es la paloma de la paz— que se oyó en todo el país… ¡y en todo el mundo!

Mi gusto por el jazz se profundizó luego en la casa del tío Jorge Clynes a finales de la década de los años sesenta, cuando vivía con su familia en la calle de Recreo, a media cuadra de la Avenida Río Mixcoac, pues tenía la costumbre de organizar *jam sessions* todos los sábados al mediodía. A estas sesiones musicales asistían el tío "Baby" y la tía Lula, la tía Betty Lou, amigos suyos y mi madre. Si bien mis primos Donaldo y Jorge, y yo, no podíamos estar con ellos en el estudio, pues el tío Jorge alegaba que no era lugar para "escuincles", nos las arreglábamos de alguna manera para oír, aunque fuera de "lejecitos", a Dave Brubeck, Miles Davis, Louis Armstrong, Charlie Parker, Dizzy Gillespie, Charles Mingus, John Coltrane, Bill Evans, Ella Fitzgerald, Billie Holiday, Gerry Mulligan, Oscar Peterson, y muchos otros más. Por supuesto que en esos años no teníamos ni la más remota idea de quiénes eran, pero de que influyeron en nuestro gusto musical por el jazz, ni duda cabe, ¡lo hicieron!

Ahí, precisamente en la casa del tío Jorge Clynes, escuché por primera vez en mi vida el maravilloso disco que en 1963 grabaron el saxofonista norteamericano Stan Getz y el guitarrista brasileño Joao Gilberto, y el cual me impactó de tal manera que al día siguiente de oírlo me conseguí una guitarra y

empecé a practicar desaforadamente para interpretar la bossa nova, cosa, ¡claro está!, que no logré. Este inolvidable disco ganó en 1965 dos premios Grammy, uno como mejor álbum y otro como mejor sencillo, superando el tema *A Hard Day´s Nigth* de los Beatles. Lo anterior no debe sorprender, pues en la grabación participaron, ni más ni menos, que el pianista y compositor brasileño Antonio Carlos Jobim, la cantante Astrud Gilberto, el guitarrista y cantante João Gilberto, el percusionista Milton Banana, el saxofonista Stan Getz y el bajista Tommy Williams. Para mí es materialmente imposible no recordar la portada del álbum Getz/Gilberto, de marco negro con una pintura abstracta de colores amarillo, naranja y negro en el centro. Y qué decir de la interpretación de *Desafinado*, ¡increíble!; de *La Chica de Ipanema*, ¡inigualable!; de *Corcovado*, ¡fantástica!; y de *So Danco Samba*, ¡insuperable! ¡Que álbum! ¡Qué bárbaros!

Imposible no mencionar el otro disco de la misma colección que también escuché en casa del tío Jorge, y que igualmente me impactó, el fantástico álbum Jazz-Samba, que grabó, otra vez, el saxofonista Stan Getz, pero ahora en compañía del guitarrista Charlie Byrd. En esa grabación participaron dos grandes bajistas, Keter Betts y Joe Byrd, y dos grandes "drummers", Buddy Deppenschmidt y Bill Reichenbach Jr. El álbum fue grabado en febrero de 1962 en All Souis Unitarian Church, en Washington, D.C., y fue tal el éxito que alcanzó, que en 1963 llegó a ocupar el número uno de la lista de Billboard. La portada de este álbum, al igual que la anterior, tenía una pintura abstracta en medio, pero esta era de colores rojo, ocre y negro, en tanto que el marco era de color morado. Después de oír este increíble álbum, mi práctica con la guitarra aumentó de 3 horas diarias a… ¡seis! ¡Yo quería tocar "La Chica de Ipanema" igualito que Charlie Byrd! ¡Qué frustración no poder hacerlo!

Otro de los discos que escuché por esos años y que indiscutiblemente me tocó, fue uno que grabaron Frank Sinatra y Antônio Carlos Jobim en los Ángeles en 1967. La historia de este álbum es la siguiente: Un día —de 1964— cuando Sinatra estaba descansando en Rancho Mirage —un bastión que tenía en medio del desierto de Palm Springs— le vino a la cabeza repentinamente —como suele suceder— la idea de que la bossa nova podía ser una buena opción para darle un "empujoncito" a su alicaída carrera musical, pues la combinación del jazz con la música brasileña tenía, además de una enorme calidad, sofisticación y atractivo comercial. No hay que olvidar que a mediados de la década de los años sesenta, los Beatles —y la revolución musical a la que dio lugar— estaba restándole popularidad a los "crooners" (¡sí, ya lo sé, a Sinatra no le gustaba que le llamaran así! ¡Sorry!). Sin embargo, la idea que se le había metido a la cabeza enfrentaba un serio problema, y era que para Sinatra la bossa nova era Jobim… ¡y nadie más!, por lo que tuvo que esperar un buen tiempo para que las estrellas del universo se alinearan y la brillante idea pudiera concretarse. Esto ocurrió finalmente tres años después, en 1967, cuando un día en la tarde Sinatra le dijo repentinamente al músico Ray Gilbert:

-¡Por favor Ray! ¡Comunícame con él!

Gilbert tomó el teléfono que estaba sobre el escritorio del estudio, y unos minutos después le dijo:

-¡Listo!

Entonces Sinatra tomó el auricular y dijo con su melodiosa voz:

-"I´d like to make a record with you, and to know if you like the sound of the idea."

Jobim —que estaba del otro lado de la línea telefónica— respondió:

-"It´s an honor, I´d love to."

¡Así fue la cosa! Y juntos grabaron en 1967 el estremecedor álbum Francis Albert Sinatra & Antônio Carlos Jobim, cuya realización es una de las mejores expresiones de prolijidad y conjunción de talento, alguna vez vista en el jazz. La bossa nova indudablemente enriqueció el lenguaje del jazz, y le aportó una pulsación y una concepción armónica inéditas. La mezcla entre la música brasileña y la voz de un crooner como Frank Sinatra —como atinadamente apunta Cristián Verscheure— no deja indiferente a nadie. Debo decir que para mi gusto la interpretación de *The Girl From Ipanema* a dos voces (Sinatra en inglés y Jobim en portugués) es, de todas las que he oído en mi vida, la mejor. En el estudio United Western Recorders, en Hollywood, lugar en el que se grabó el álbum, se ve a Jobim tocando la guitarra y cantando, mientras Sinatra… ¡fuma, bebe whisky Jack Daniels Old No. 7 y canta! ¡Qué bárbaro! El álbum fue producido por Sonny Burke, en tanto que los arreglos y la dirección de la orquesta estuvieron a cargo de Claus Ogerman. En los tambores estuvo Dom Um Romão, en la guitarra eléctrica Al Viola, y en el contrabajo José Marino. El LP —que dura 28.05 minutos— contiene 11 temas, la mayor parte arreglos de Antonio Carlos Jobim, como *Quiet Nights of Quiet Stars*, *Meditation*, *How Insensitive*, *If Your Never Come to Me*, y *Dindi*. Hay también un arreglo de Cole Porter, *I Concentrate of You*; y uno de Irving Berlin, *Change Partners*.

¡Perdón, pero no puedo evitarlo! Si no cuento esta anécdota me muero. ¿Realidad o ficción? ¿Quién lo sabe? ¡Tal vez algo de ambas! Cuando Frank Sinatra vino a la Ciudad de México por primera vez en 1958, para dar un concierto en el Cine Internacional —el que estaba en la Avenida Cuauhtémoc, y que se derrumbó en 1985 a causa del sismo— vio de reojo desde lo alto del improvisado templete en donde estaba parado al frente de la orquesta de Nelson Riddle, a una señora muy guapa sentada en primera fila, y

al lado suyo, a un señor circunspecto ante el entusiasmo que la bella dama mostraba cuando interpretaba el tema *I´ve Got You Under My Skin*, de Cole Porter. ¿Alguien puede decir quién era la mujer y quién era el señor? ¿No? ¡Pues yo sí! ¡Fito y Cochita! ¡Mis padres! ¡Qué tal! Al lado de ellos estaban sentados —y no podía ser de otra manera— los tíos y las tías Clynes, cada uno con su respectivo esposo o esposa, ¡y claro!, ¡todos enloquecidos! ¡La tía Jean cantado a todo pulmón! ¡La tía Amalia llorando de la emoción! ¡La tía Rosa Lee danzando sobre una butaca! ¡La tía Berla desmayada en el piso! ¡La tía Lula incrédula ante el espectáculo! ¡La tía Betty Lou mentando madres! ¿Y los tíos? ¡Ni qué decir! ¡Qué vivencia la de todos ellos!

Y lo que son las cosas de la vida, exactamente treinta años después, en 1988, mi hermano Roberto y su esposa María Antonieta Guerra (Tony) invitaron a mi mamá a pasar unos días a Las Vegas, y ya estando ahí le preguntaron casualmente, como no queriendo la cosa, que si le gustaría oír cantar nuevamente a Frank Sinatra; mi madre, por supuesto, les respondió que sí, que le encantaría. Y dicho y hecho, en ese mismo momento la tomaron del brazo y la introdujeron sin previo aviso al "Grand Garden Arena" del Hotel MGM, lugar en donde cantaba todas las noches Francis Albert Sinatra. Mi madre, como no podía creer lo que estaba sucediendo, le preguntó a mi hermano Roberto: ¿Oye hijo? ¿Tú sabes algo de mí que yo no sepa? ¡No será que me voy a morir pronto y que por eso me trajiste a ver a Sinatra para que me vaya feliz al cielo! ¡Ah qué mi madre! Estaba estupefacta oyendo por segunda vez en su vida cantar a Frank Sinatra. ¡Qué buena sorpresa la de Roberto y Tony!

En paralelo, mi formación musical se vio enriquecida gracias a mi hermano Rodolfo —once años mayor que yo— pues luego de ser él un fan de

Elvis Presley, el popular interprete del Rock and Roll en la década de los años cincuenta, se convirtió en un amante del jazz en la de los sesenta, por lo que empezó a comprar todos los discos long-play (LP) de 33 RPM que llegaban a la Ciudad de México, ya sea en la librería Dalis, que estaba en la calle de Amberes, en plena Zona Rosa, en la Sala Margolín, en el No. 100 de la calle de Córdoba, en la colonia Roma, o ya en plena desesperación y como último recurso, le pedía a la tía Betty Lou Clynes que por favor le dijera a su amigo Roberto Morales —el mismo que en la década de los años ochenta conduciría el programa Jazz FM por la frecuencia 104.1— que se los consiguiera, sin importarle lo desorbitado de los precios. Ahora, los elepés que no llegaban al país —todavía no existía el TLC— mi hermano se los encargaba a sus amigos que iban por "fayuca" a los Estados Unidos. De esta manera, en mi casa se empezó oír jazz a todas horas del día. Los inolvidables discos de vinilo de larga duración los oía mi hermano Rodolfo en un tocadiscos Garrard, al cual tenía que ponerle arriba del brazo fonocaptor —lugar en donde estaba colocada la aguja— una moneda de cobre de veinte centavos, para ejercer presión y lograr un mejor sonido… ¡Qué época aquella, Dios mío!

Y por supuesto, imposible no mencionar los conciertos de jazz en el Auditorio Nacional a los que me llevó mi hermano Rodolfo. Uno que recuerdo en particular fue el que se celebró en mayo de 1967, en el que participaron, ni más ni menos, que el cuarteto de Dave Brubeck, el sexteto Newport All-Stars, el quinteto de Dizzy Gillespie y el cuarteto de Thelonious Monk. De este último —me acuerdo muy bien— me llamó mucho la atención, además de su especial manera de tocar el piano, "rígido", como lo definió un crítico musical de la época, ¡las fuertes patadas que le pegaba al piso del escenario cada vez que abandonaba el teclado para darle paso a un "solo" de bajo o de batería! Por cierto, el baterista de este grupo, Benjamín Riley, fue la revelación del día. El

pianista Dave Brubeck —notable discípulo de Darius Milhaud y uno de los principales representantes del *cool*— estuvo verdaderamente espectacular, al igual que el saxofonista Paul Desmond —autor de *Take Five*, un clásico del jazz compuesto en 5/4— el baterista Joe Morelo y el bajista Gene Wright. ¿Y qué decir del trompetista Dizzy Gillespie? —el artífice del *bebop*—. ¡Qué manera la suya la de tocar! ¡Sensacional!

Otro concierto inolvidable al que asistí con mi hermano Rodolfo fue uno que se celebró, si mal no recuerdo, en el Palacio de Bellas Artes, el 25 de abril de 1969, en el cual tuve la enorme suerte de escuchar al extraordinario Modern Jazz Quartet, grupo fundado en 1952 e integrado por los talentosos músicos afroamericanos John Lewis (piano), Percy Heat (contrabajo), Connie Kay (batería) y Milt Jackson (vibráfono); y al guitarrista brasileño Laurindo Almeida ¡Qué manera la suya de tocar la guitarra acústica! Su interpretación del segundo movimiento, el *addagio*, del Concierto de Aranjuez —obra clásica para guitarra del compositor español Joaquín Rodrigo— fue realmente espectacular ¡De solo recordarlo se me pone la piel chinita!

Ahora que menciono a mi hermano Rodolfo, debo confesar un pecado "capital" que cometí, el de la envidia —y de la mala— cuando me contó a su regreso de la ciudad de San Francisco, lugar en el que vivió en 1970, que había conocido en persona al "Rey del Blues", esto es, al mismísimo B.B. King. Pues sí, resulta que este extraordinario interprete del jazz y del blues, que obtuvo en 1952 su primer éxito de ventas con la canción *Three O´Cloc Blues*, que de acuerdo con la revista Rolling Stone ocupó el sexto lugar entre los 100 mejores guitarristas de todos los tiempos, que a lo largo de su carrera ganó 15 Premios Grammy, y que toda su vida tocó una guitarra eléctrica marca Gibson

ES-355, apodada *Lucille*, se hizo "cuate" de mi hermano Rodolfo. ¡Sí, así como lo leen!

La historia es la siguiente: Cuando mi hermano Rodolfo se fue en 1970 a cursar una maestría (Master of Arts) de Sociología en la Universidad de Stanford, en el estado de California, solía ir todos los fines de semana al famoso "Fillmore West", un lugar ubicado al oeste del centro de San Francisco, en donde escuchaba jazz en sitios tan legendarios como el *Sheba Piano Lounge*, *The Boom Boom Room* y *Rasselas Jazz Club*. En uno de estos lugares —la suerte que tienen algunos— el show principal resultó ser, ni más ni menos, que el de B.B. King. Por supuesto, mi hermano Rodolfo empezó a asistir con frecuencia a dicho lugar, de modo que en la tercera o cuarta ocasión que fue, B.B. King pasó por su mesa, lo vio y lo saludó; en la quinta, se sentó con él y platicaron un rato; en la sexta… ¡ya se saludaban como viejos amigos! ¡Qué envidia!

Por cierto, la enorme colección de discos de jazz que mi hermano Rodolfo acumuló en su corta vida —murió en 1984, a los 45 años de edad— me la quedé yo, pese a las airadas protestas de mis hermanos Roberto y Eduardo. Mi hermana Catalina no protestó, pues no le gustaba el jazz; ¡increíble! Bueno, en su descargo debo decir que su canción favorita era "Blue Moon", una canción escrita en 1934 por Richard Rodgers y Lorenz Hart, y que en 1961 alcanzó un éxito rotundo a nivel planetario cuando la grabó el grupo The Marcel. Aunque en realidad —debo precisarlo— a mi hermana Catalina le gustaba cómo la interpretaba el cantante Mel Tormé. Estoy seguro que en este momento —no tengo la menor duda— este gran cantante de jazz, apodado *The Velvet Fog*, le está cantando al oído de mi hermana "Cata" por enésima vez: *Blue Moon, you saw me standing alone, without a dream in my heart, without a love of my own…*

Para fortuna del país, en noviembre de 1970 concluyó el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), y en su lugar entró, ¡ups!, Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), quien con el "original" lema de "Arriba y Adelante" ganó "abrumadoramente" por parte del PRI —el partido "aplanadora"— las elecciones presidenciales, al obtener 11,708,065 votos, contra 1,945,070 de su oponente, el candidato del PAN, don Efraín González Morfín. Como Jefe del Gobierno del D.F., quedó el regiomontano Alfonso Martínez Domínguez, quien duró poco tiempo en el cargo, pues el Presidente Echeverría lo responsabilizó —esto es, él se "lavó las manos"— de la "Masacre del Jueves de Corpus" del 10 de junio de 1971, cuando los Halcones —un grupo paramilitar organizado y financiado por el D.F.— reprimieron violentamente una manifestación de 5,000 estudiantes en el viejo Barrio de San Cosme, por lo que no le quedó más remedio que presentar su renuncia con carácter de irrevocable. Debo decir, que si bien no asistí a esa manifestación, la tengo muy presente, pues un compañero mío de la UNAM, Enrique Quintero, fue arrestado ese día en la noche por la policía —se le acusaba falsamente de ser un francotirador— por lo que tuve que recurrir a mi primo Sergio García Ramírez, quien era Procurador General de Justicia del Distrito Federal, para que interviniera y pudiera ser liberado ¡Así estaban las cosas en el país! ¡Válgame Dios!

Cuando el tío Jorge Clynes se fue a vivir con su familia a Tampico, o a McAllen —no recuerdo bien—, al principiar la década de los años setenta, mi formación musical continúo en la casa del tío "Baby" Clynes, cuando vivía en la calle de Medicina, a un costado de la UNAM. Como yo había ingresado en 1970 a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales para estudiar sociología, pasaba caminando todos los días por enfrente de la casa —todavía no

compraba mi VW modelo 1972—, por lo que los visitaba con frecuencia. Recuerdo que cuando pasaba por ahí, algunas veces me topaba con la pequeña prima Claudia Clynes, quién solía jugar en un jardín que estaba en la esquina de su casa. En algunas ocasiones me acompañaba caminando hasta al límite del circuito escolar de Ciudad Universitaria, esto es, a unos doscientos metros de su casa.

Cuando empecé a tomar clases en la UNAM, en 1970, la prima Claudia Clynes tendría unos 5 o 6 años, era pues, una niñita, pero cuando empecé mi maestría en Estudios Latinoamericanos en la FCPyS, allá por el año de 1980, se había transformado en una joven muy guapa, tendría acaso unos diecisiete años; así que decidí que había llegado la hora de llevarla conmigo de "parranda" a una de las fiestas que organizaba con mis amigos los fines de semana para escuchar música brasileña: Elis Regina, María Bethania, Chico Buarque de Holanda, Caetano Veloso; ¡qué maravilla! En consecuencia, un viernes en la tarde, al salir de clases en la UNAM, pasé por ella a su casa de la calle de Medicina, y con el permiso de la tía Lula —como debía ser— nos fuimos muy orondos a la mentada fiesta. Solo que hubo un pequeño problemita: ¡que la fiesta duró casi dos días! Mejor no me pregunten la cara que puso la tía Lula cuando le entregué a su hija el domingo por la tarde ¡Gracias a Dios no me mató!

Recuerdo perfectamente bien —como si estuviera sentado ahí ahora mismo— el bar que el tío "Baby" Clynes instaló en el sótano de su casa de la calle de Medicina, diseñado y acondicionado para disfrutar al máximo la música de jazz. El lugar en cuestión, en efecto, contaba con un estupendo equipo de sonido, el cual tenía conectadas unas enormes bocinas que colgaban por todas las esquinas del bar, lo que permitía apreciar a plenitud los sonidos

del piano, del bajo, del contrabajo, de la batería, de las percusiones, de la guitarra y, por supuesto, de las voces. A este dichoso bar, por cierto, el tío "Baby" Clynes lo bautizó con el nombre de "Chichifos Bar", en honor a Carlos Macías, alias el "Chichifo", un gran contrabajista y pianista de jazz, a quién tuve la suerte de conocer en 1981 en una fiesta a la que me convocó mi amigo Jaime Nualart —embajador de México en Egipto, la India y actualmente en Tailandia— para agasajar a Luis Herrera, el Cónsul de México en Nueva York. Aprovecho para decir que a este último siempre le estaré agradecido —honor a quien honor merece— por las múltiples atenciones que tuvo conmigo, al igual que con mis amigos Óscar de la Garza e Isabel Arregui, cuando en 1980 los "tres" estuvimos de "Luna de Miel" en la Urbe de Hierro. ¡Recórcholis!

Ahora, si no estoy del todo equivocado, creo que el tío Baby se quedó de "recuerdo" —esto es, se robó— un contrabajo propiedad del "Chichifo", el cual al parecer pasó a manos de Arturo, el menor de sus cinco hijos, pues tengo la impresión de haberlo visto años después en algún rincón del bar de su casa de Tampico, la que está en la colonia del Chayrel, la última vez que estuve ahí en una cena con toda la familia para celebrar el esperado matrimonio de la sobrina Mariana Moctezuma Córdoba —hija de Jesús Moctezuma y de la prima Claudia Córdoba San Pedro— con Elias Maron Nader, cena en la cual, por supuesto, nos pasamos toda la noche escuchando jazz, ¡qué raro!

A propósito, tengo que decir que el primo Arturo Clynes Mojica, al ser un fanático de este género musical, al igual que sus padres, acompañó toda su vida, desde que era un adolescente, a la tía Betty Lou Clynes a todos los lugares del D.F. en donde se pudiera escuchar jazz, a saber: antros, bares, cantinas, cabarets, pulquerías o lo que fuera, así como a todos los conciertos de jazz que se presentaban en el Auditorio Nacional y en el Palacio de Bellas Artes.

Ahora que sale a relucir nuevamente la tía Betty Lou, me viene a la memoria la "clásica" respuesta que nos daba cuando nos topábamos con ella, ya fuese en un banco, un restaurante, un centro comercial, una casa o en plena calle, y le preguntábamos con cariño:

—Hola tía, ¿cómo estás?

A lo que ella inevitablemente contestaba a grito pelado:

—¡A toda madre!

Los tíos Clynes no solo fueron grandes amantes del jazz, sino que contribuyeron a su difusión. La tía Rosa Lee Clynes puso en 1961 una pequeña academia de baile de jazz, la cual creo yo fue pionera en el país. Recuerdo muy bien esta academia, a pesar de que era un niño de once años, pues la tía Rosa Lee la instaló en la planta baja de una casa próxima a la mía, cuando vivía con mi familia en el domicilio ubicado en el No. 17 de la calle de Santa Bárbara, en la Colonia del Valle. A un lado de la academia, por cierto, vivía la señora Durazo, hermana de Arturo "El Negro" Durazo, un señor quien por esos años era uno de los miembros más conspicuos de la policía política, esto es, de la temible Dirección Federal de Seguridad (DFS) de la Secretaría de Gobernación. Por supuesto, mi hermana Catalina y sus amigas Silvia Lerma —la sobrina del "Negro"— y la Tays, fueron las primeras en inscribirse en la academia de la tía Rosa Lee para aprender a bailar jazz.

Debo aclarar que poco antes de que la tía Rosa Lee Clynes se viniera de Tampico a vivir al D.F., y pusiera su academia de baile de jazz cerca de la casa, organizó en 1960 un Magno Festival de Danza en el Casino Tampiqueño. En dicho evento, como era de esperar, presentó coreografías en las cuales sus

alumnas bailaron jazz. Para representar los temas de ballet clásico, la tía Rosa Lee invitó a Tulio de la Rosa y a Sonia Castañeda, ambos destacados bailarines del Ballet de Cámara del Instituto Nacional de Bellas Artes. En un pasaje del libro "El ballet de cámara y sus antecedentes (1957-1963)", el bailarín, y también coreógrafo, Tulio de la Rosa, rememora su participación en dicho festival, y narra lo siguiente:

"Satisfechos por los éxitos del Ballet de Cámara, Sonia Castañeda y yo aceptamos la invitación de la maestra Rosa Lee Clynes para participar en un festival que presentaría con su Ballet de Cámara de Tampico en esa ciudad. Sonia y yo bailaríamos el *pas de deux* de El cascanueces y teníamos programado estrenar el Dúo, que Nellie Happee nos había montado con música de Grieg. En el ensayo me lastimé la espalda, y debí suprimir las levantadas en El Cascanueces, que afortunadamente son pocas. Sin embargo, no había manera de cambiar el Dúo. Por suerte, Francisco Martínez nos había acompañado para ayudarnos en la parte técnica y, como era su costumbre en el Ballet de Cámara, él ya lo había ensayado. Así fue como estrenó con Sonia, en Tampico, ese hermoso dueto de Nellie."

Y agrega más adelante:

"La maestra Clynes era una fanática del jazz y nos había visto en los programas de televisión. En algún momento, me preguntó si me interesaría hacer todo un programa de jazz en vivo; naturalmente le dije que me encantaría, pero que sería cuestión de planearlo muy bien. Nunca imaginé la seriedad que daría a mi aceptación."

¡Y en efecto! ¡Así fue! La tía Rosa Lee tomó tan en serio la respuesta que le dio el talentoso bailarín y coreógrafo Tulio de la Rosa, que en 1961, tan solo unos meses después de haber presentado su festival danza en el Casino Tampiqueño, se vino de "volada" al D.F. e ingresó al Instituto Nacional de Bellas Artes —que estaba bajo la dirección de su amigo Celestino Gorostiza

Alcalá (1958-1964)— para participar activamente en el recién creado Ballet de Cámara, presidido por la reconocida bailarina y coreógrafa Ana Mérida, hija del famoso pintor guatemalteco Carlos Mérida.

Una de las primeras actividades que realizo la tía Rosa Lee al ingresar al INBA, fue participar en la organización del primer espectáculo de danza de jazz que se celebró en el Palacio de Bellas Artes en los meses de noviembre y diciembre de 1962, acontecimiento que marcó un hito en la historia del recinto, pues desde su apertura en 1934, durante el gobierno de Abelardo L. Rodríguez (1932-1935), únicamente se habían celebrado ahí conciertos de música "culta" y representaciones de ballet "clásico" y, claro está, muchas funciones del Ballet Folklórico de México de Doña Amalia Hernández, un espectáculo —a decir de sus críticos— casi hollywoodense.

Luego, durante todo 1963, la tía Rosa Lee promovió y coordinó en el INBA las primeras funciones del Ballet de Cámara con su programa de ballet-jazz. Al respecto, Tulio de la Rosa cuenta en el citado libro, que la tía Rosa Lee lo sorprendió gratamente por el entusiasmo y empeño que mostró desde el momento mismo en que ingresó al INBA, para llevar a cabo su proyecto, y lo narra así:

"A fines de ese mes, me sorprendió la presencia de Rosa Lee Clynes, quien, abandonando todo en Tampico, llegaba con todo un plan de trabajo para iniciar el montaje del programa de jazz. Ya había hablado con Tino Contreras, el jazzista que, como baterista, era en ese momento la máxima estrella en México. Rosa Lee me habló de las composiciones originales de Tino, en especial de una sobre el tema de Orfeo, y me propuso un libreto que ella había elaborado. Fuimos varias veces a escuchar a Tino y su Quinteto en el Bar Riguz, frente al Parque Hundido en Insurgentes Sur. Tino y yo congeniamos en seguida y comenzamos a trabajar; Rosa Lee aceptó las modificaciones que

propuse a su libreto y se dedicó a promover la idea. Un día, más pronto de lo que yo hubiera deseado, se presentó diciéndonos que debíamos preparar una demostración lo antes posible, pues el director del INBA estaba muy interesado en el proyecto. Yo me aterré… lo tomaba o lo dejaba. Hablé con los bailarines; su entusiasta respuesta fue inmediata y comenzamos a trabajar a destajo."

Y después agrega:

"…Nellie Happee nos reunió a todos y nos informó que el INBA crearía, con el Ballet Concierto de México, una gran Compañía de Ballet Clásico. Le habían propuesto formar parte de la Comisión Artística y la habían comisionado para ir a Nueva York a contratar a un maestro y director artístico.

…

Nellie Happee se marchó a Nueva York y nosotros continuamos trabajando intensamente con las grabaciones que me hizo Tino.

…

Trabajábamos todo el día; los bailarines llevaban su *itacate*. En más de una ocasión les pedí que salieran a tomar el sol mientras yo me quedaba en el salón, componiendo algún fragmento en el que estaba atorado. La presencia de Tino con su Quinteto en el salón 7 de la Academia de la Danza Mexicana constituyó una gran motivación para todos nosotros. Por fin estuvimos listos para mostrar el trabajo; faltaban muchos ensayos, pero el entusiasmo del grupo era grandioso. Regresó Nellie Happee; el maestro Gorostiza y el querido Toño López Mancera, vinieron a vernos con su equipo. Todos pusimos lo mejor; el Quinteto tocó maravillosamente y la aceptación fue absoluta: ¡Debutaríamos el lunes 12 de agosto en el Palacio de Bellas Artes!, presentando tres funciones los siguientes lunes. Rosa Lee se ocupó de la promoción; yo, aparte de acordar con Toño lo referente a la escenografía, vestuario e iluminación, pude concentrarme en la coreografía.

…

Sin embargo, no concebimos que nos presentáramos sin un trabajo de Nellie Happee, quien, aunque inmersa en la planeación de las audiciones para la nueva compañía, se dejó convencer y montó el dúo Imaginación con música de Tino. Fueron muchas las veces que Tino y su Quinteto vinieron al salón 7 para ensayar con nosotros; todos estábamos motivadísimos y el equipo era formidable.

…

Por fin llegaron los ensayos en el escenario. La escenografía de Orfeo en los tambores era una estructura de tubos muy pesada; ponerla en el foro y desmontarla era muy complicado y no bastaba con el equipo de tramoya. Antagónicos por tradición, como en cualquier teatro del mundo, cada equipo del Palacio de Bellas Artes se ocupaba exclusivamente de lo suyo, pero yo contaba con el aprecio que siempre habían demostrado al trabajo realizado por el Ballet de Cámara y no dudé en pedirles su ayuda. Todos los trabajadores, incluidos los de intendencia, colaboraron; cada vez que debíamos mover la estructura se reunían todos sin escatimar esfuerzos.

…

Para los últimos ensayos técnicos yo dejaba ir a los bailarines y me quedaba hasta la madrugada con Toño, su equipo y Juan González Amador, quien sería nuestro traspunte.

…

Finalmente, llegó el día del estreno. Esa noche ya maquillado, me asomé por el cristal de la puerta del foro que da a la platea para ver al público. Aún no se daba la primera llamada. Mi incredulidad no pudo ser mayor, las rodillas se me doblaban, no se sí de terror o de emoción; el teatro estaba repleto, todos los boletos se habían vendido. Había sillas adicionales en los pasillos laterales, y las escaleras del segundo y tercer piso estaban ocupadas por espectadores. No quise ver más; decidí callar para no poner nerviosos a los demás.

…

La función comenzó y los aplausos y los bravos se sucedieron con cada número. En el intermedio tropecé con Rosa Lee en un pasillo; nos abrazamos sin pronunciar palabra. Pero faltaba la prueba de fuego: la primera parte del programa, la Suite en jazz; estaba estructurada con grandes éxitos de Tino, temas conocidos como *El hombre del brazo de oro*, *Mack the Knife*, etcétera, y se alternaban, muy ágilmente, las piezas bailadas con los solos del Quinteto, mientras en la segunda parte (Orfeo en los tambores) era un ballet completo cuya duración era de media hora y el Quinteto se escuchaba pero no se mostraba sino hasta el final. ¿Cuál sería la reacción de un público que en su mayoría había sido atraído por Tino y sus músicos? Su respuesta fue asombrosa: euforia. Una vez más, el triunfo coronaba los esfuerzos del Ballet de Cámara."

Así, bajo la supervisión general de la tía Rosa Lee Clynes, se presentaron en el Palacio de Bellas Artes los días 12, 19 y 26 de agosto, y 2 de septiembre de 1963, las innovadoras propuestas de los bailarines y coreógrafos

Tulio de la Rosa y Nelli Happee. Una de estas innovaciones, como se deduce por lo dicho antes, fue la participación en vivo del quinteto de jazz de Tino Contreras, integrado por Tommy Rodríguez (saxofón tenor), Adolfo Sahagún (trompeta), Enrique Orozco (piano), y Leo Carrillo (contrabajo). Los temas que interpretaron fueron *Take the a Train, Mack the Knife* (coreografía Tulio de la Rosa, música Kurt Weill), *Los Boteros del Volga*, *Imaginación* (coreografía Nellie Happee, música Tino Contreras), Mood (coreografía Tulio de la Rosa, música Tino Contreras), *En el Viejo Estambul*, *El Hombre del Brazo de Oro* (coreografía Tulio de la Rosa, música Leonard Bernstein) y *Orfeo en los Tambores* (coreografía Tulio de la Rosa, música Tino Contreras); este último tema, como se había comentado antes, con base en un libreto escrito por la tía Rosa Lee. Las críticas que le hicieron a la puesta en escena de este tema fueron en lo general favorables; sin embargo, el crítico Luis Bruno Ruiz escribió en el periódico Excélsior, que si bien Orfeo tenía logros… "desconcierta su modernidad de club nocturno". Por fortuna, la casa discográfica Muzart grabó el recital y editó un LP de 33 RPM (Muzart D-836), en cuya portada se lee: "JAZZ BALLET - TINO CONTRERAS", y en la contraportada: "Presentado en Bellas Artes – México. Agosto 1963".

En el programa de mano que las edecanes entregaron al público que iba ingresando al salón principal del Palacio de Bellas Artes, y el cual —hay que decirlo— había generado una gran expectativa entre los capitalinos cuando la prensa nacional lo dio a conocer unas semanas antes, se consignan los siguientes créditos:

-Dirección general: Nelli Happee y Tulio de la Rosa.

-Quinteto de jazz: Tino Contreras.

-Promoción: Betty Fleshman y Rosa Lee Clynes.

-Coordinación: Rosa Lee Clynes.

-Dirección escénica: López Mancera.

-Traspunte musical: Rocío Sanz.

-Viñetas: Carlos Mascorro.

-Bailarines: Sonia Castañeda, Artemisa Pedroza, Carola Montiel, Mirna Villanueva, Tania Álvarez, Ana María Garza, Amalia Betancourt, Maya Ramos, Tulio de la Rosa, Marcos Paredes, Alfredo Cortés, Francisco Martínez y Farnesio de Bernal.

-Maestros de la compañía: Nelli Happee, Tulio de la Rosa y Francisco Bernal.

-Supervisión general: Rosa Lee Clynes.

El espectáculo de ballet-jazz resultó, como bien lo apuntó el bailarín y coreógrafo Tulio de la Rosa, todo un éxito, y la prensa hizo comentarios muy favorables. En el periódico *Últimas Noticias*, del 13 de agosto de 1963, el crítico Agustín Salmón apuntó:

"Anoche hubo tumultos en Bellas Artes y estuvieron a punto de llamar a los granaderos (…) Las dos mil butacas fueron insuficientes y más de tres mil personas se aglomeraron en el pórtico de nuestro máximo coliseo, ofreciendo enormes sumas por un boleto de tercer piso".

Por otra parte, en el periódico *Esto* del 14 de agosto de 1963, se puede leer en un artículo titulado "Una agradable sorpresa. Abarrotó Bellas Artes el Jazz Ballet", lo siguiente:

"La gente se dio de bofetones para entrar (…) Un interesante espectáculo y obtuvo un éxito clamoroso. Fue titulado Jazz-Ballet de Cámara y puede marcar un nuevo camino en el arte escénico nacional (…) Indiscutiblemente es el primer intento de artistas mexicanos por abrir nuevas brechas en la interpretación musical y en el baile clásico. El público abarrotó Bellas Artes, lo aceptó entusiasmado y se rompió las manos aplaudiendo".

Otra muestra de la buena acogida que tuvo la propuesta del ballet-jazz de la tía Rosa Lee Clynes ocurrió pocos meses después, cuando en enero de 1964 presentó en el Teatro del Bosque —el que está en la parte posterior del Auditorio Nacional— un espectáculo llamado Jazz Revue 1964. La coreografía obviamente, estuvo a su cargo, en tanto que la parte musical fue responsabilidad del talentoso trompetista, músico y director de orquesta de nacionalidad cubana Arturo O´Farril, conocido en el medio artístico como "Chico", por el apodo que le endilgó Benny Goodman, músico al cual, por cierto, le hizo en 1949 el arreglo de *Undercurrent Blues*. El arreglo *Afro-Cuban Jazz Suite*, que escribió este músico cubano, y que grabó en Nueva York en 1950 con la orquesta de Machito y la participación especial —¡*órale*!— de Charlie Parker, Flip Phillips y Buddy Rich, fue la primera composición que combinó con éxito los ritmos latinos, la improvisación y los arreglos sofisticados de jazz; por ello a "Chico" se le considera el arquitecto del "jazz-afrocubano".

Ahora bien, fue tan exitosa la propuesta de ballet-jazz de la tía Rosa Lee Clynes, que la prensa nacional llegó al grado de equipararla con las que se presentaban en las Vegas y París. Entre los bailarines que participaron en el espectáculo Jazz Revue 1964, sobresalieron los cubanos Roberto Gutiérrez y Mitzuko Miguel (Roberto y Mitzuko), pareja estelar en la década de los años

cincuenta en el "Tropicana", el famoso cabaret de la Habana, y los cuales llegaron a México en 1960 para participar en la inauguración del Club Nocturno "Terraza Cassino". Por cierto, este cabaret —propiedad de don Pepe León— estaba ubicado a tres cuadras del Parque Hundido, en la esquina de la Avenida de los Insurgentes y Pennsylvania. Para más señas, arriba del "Bavaria", un restaurante alemán en el que se comía la milanesa de pollo a la parmesana más rica del mundo. Dicho lo anterior, sin exageración alguna.

Ahora, si mal no recuerdo, acompañé a los tíos Clynes y a mi mamá un par de veces al "Terraza Cassino", cabaret en el cual, hay que decirlo sin tapujos, desfilaron a lo largo de los años sesenta músicos de la talla de Louis Amstrong y Benny Goodman, cantantes del nivel de Caterina Valente —ganadora en 1965 del *Fame Award* de los críticos de televisión estadounidense como mejor interprete— y actrices de leyenda, como Marlene Dietrich, cuyo director musical en esa época era, ni más ni menos, que Burt Bacharach —su novio— y de la cual el cineasta Peter Bogdanovich comentó maravillado una vez: "Marlene da trascendencia a lo que canta". Bueno, no lo van a creer, pero hasta Trini López se presentó en el "Terraza Cassino" y cantó *Lemon Tree*.

Tengo entendido que los tíos Jorge y "Baby" Clynes —dos de los hermanos de la tía Rosa Lee— participaron de alguna manera en la organización del primer concierto de jazz que se celebró en el Palacio de Bellas Artes el 26 de enero de 1962. Este concierto, hay que subrayarlo, alcanzó un éxito tal que hasta los mismos organizadores quedaron sorprendidos. El sexteto de Chilo Morán fue, en la historia de este recinto, el primer grupo de jazz en pisar su espectacular escenario —el telón fue fabricado por la Casa Tiffany & Co. de Nueva York—, y el cual, fue festejado y aplaudido a rabiar por el público asistente. El sexteto de jazz estuvo conformado por Pablito Jaimes en el

piano, Humberto Cané en el contrabajo, Salvador Agüero en la batería, Jesús Aguirre en el trombón, Juan Revelo en el sax barítono y, por supuesto, Chilo en la trompeta. El repertorio incluyó, además de los temas clásicos del jazz, composiciones de autores mexicanos, por lo que el público escuchó *My Funny Valentine*, de Richard Rodgers; *Señor Blues*, de Horace Silver, con un arreglo en 12/8; J-2033, de Humberto Cané; *Round Midnight*, de Thelonious Monk y Cooti Williams; *Lullaby of Birdland*, de George Shearing y B.Y. Forster; *Spleet Kick*, de Curly Russell; *Chilo´s Blues y Cris Blues*, ambas de Chilo Morán; Mary, de Pablito Jaimes; y *Chafrach*, de Juan Revelo y Chilo Morán.

Los habitantes de la Ciudad de México y de otras ciudades del país que asistieron a este primer gran concierto de jazz en el Palacio de Bellas Artes, tuvieron que desembolsar 240 pesos, si es que optaron por un palco en el primer piso; o 120 por uno en el segundo, y 72 por otro en el tercero. Los que de plano ya no consiguieron palco en ninguno de los tres pisos del recinto —*¡chin!*— pagaron, unos 30 pesos por una butaca en el primer piso, y otros 5 por un asiento en la última fila del tercer piso.

El éxito que alcanzó el primer concierto de jazz en el Palacio de Bellas Artes en enero de 1962, y el que también lograron los primeros recitales de jazz-ballet realizados en noviembre y diciembre del mismo año, demostraron fehacientemente que al inicio de la década de los años sesenta existían en México muchos seguidores de este singular género musical, surgido a principios del siglo XX en Nueva Orleáns, y al cual en 1987 el Congreso de los EE.UU., declaró como un "destacado modelo de expresión" y "un excepcional tesoro nacional". Tan trascendente fue el éxito logrado, que en los últimos cincuenta años —apuntan Alberto Zuckermann y Susana Ostolaza en el libro "El Jazz en el Palacio de Bellas Artes"— el máximo recinto ha albergado a los mayores

intérpretes del jazz, tanto extranjeros como nacionales. Entre los primeros destaca el trompetista Dizzy Gillespie, el artífice del *bebop*, el pianista Dave Brubeck —el que más veces se ha presentado—, y el pianista Oscar Peterson. De hecho —agregan los autores— ningún otro recinto cultural en México ha tenido tal cúmulo de actividades y de personalidades dedicadas a este género musical.

El historiador, músico y promotor cultural Alain Derbez, apunta en su libro "El Jazz en México", que no es posible escribir la historia del jazz y la danza en nuestro país sin mencionar a Rosa Lee Clynes, a Constanza Hool, Ema Pulido y Rosa Romero. En honor a la verdad "histórica", considero que habría que agregar también los nombres de Jorge, Roberto, Amalia, Beryl y Betty Lou Clynes San Pedro, tanto por el gran amor que le profesaron al jazz, como por contribuir —cada uno a su manera— a su difusión en México a lo largo de sus vidas. Ahora, imposible no mencionar también —si no lo hago me matan— a las tías Jean y Lula, esposas de Jorge y Roberto Clynes, y a Carlos Moller y Gonzalo Santos, esposos de las tías Amalia y Beryl Clynes ¡Ah que mi familia tampiqueña!

Cuando uno revisa de manera acuciosa los libros, ensayos y artículos en los que se narra la historia del jazz en México, siempre sale a relucir, más temprano que tarde, el nombre del Bar Riguz. A este lugar, la "Catedral del Jazz en México", entré una noche de 1965 de manera "clandestina" —era todavía un adolescente—, para ver y escuchar, por primera vez en mi vida, tocar a un grupo de jazz en "vivo y a todo color." Ingresé a la "catedral" siendo un ateo, y salí de ahí convertido en un profundo "devoto" del jazz; de ese género musical que William W. Austin —autor de *Music in the 20th Century*— considera uno de los cuatro estilos musicales de importancia que las sociedades

universales han creado. Los tres primeros —precisa el afamado musicólogo— son europeos, y el cuarto americano; los tres primeros están liderados por Schoenberg, Bartók y Stravinsky, el cuarto por el jazz. Indudablemente este último —concluye William W. Austin— ha estado fuertemente ligado a toda la cultura del siglo XX y —agregaría yo— también a la que va del presente siglo XXI.

1 9 6 3

El Ballet de Cámara ofreció una temporada que incluyó un ballet-jazz con música interpretada por el Quinteto de Tino Contreras. En el espectáculo destacaron las siguientes coreografías: de Nellie Happee, *Imaginación*, y de Tulio de la Rosa la obra en un acto *Orfeo en los tambores, El hombre del brazo de oro, Mood y Mackie* con libreto de Rosa Lee Clynes.

El Instituto Nacional de Bellas Artes firmó este año un contrato con Ballet Concierto de México para promover la creación del Ballet Clásico de México, que reunió por medio de audiciones a los mejores elementos del Ballet Concierto y el Ballet de Cámara. Se formó con el fin de contar con un cuerpo de baile que cultivara y conservara los grandes valores tradicionales, y que se educara en todos los aspectos técnicos para incorporarse al movimiento moderno de la danza universal. Ballet Clásico de México tomó el lugar de Ballet de Bellas Artes.

La dirección artística del nuevo Ballet quedó a cargo del maestro y coreógrafo Enrique Martínez del Ballet Theatre de Nueva York, quien permaneció en la compañía hasta 1964. Como coordinadores figuraron María de la Luz Enríquez y Celestino Gorostiza; como primeras figuras Laura Urdapilleta, Sonia Castañeda y Jorge Cano, y como artista huésped Melissa Hayden. Ofrecieron del repertorio tradicional: *El lago de los cisnes, Grand pas de quatre* y el *Pas de deux* de *Don Quijote;* las obras de Nellie Happee, *Encuentro* con música de Benjamín Britten, y *Trío,* música de Tommaso Albinoni; la coreografía de Enrique Martínez, *Electra* con música de Béla Bartók; de William Dollar, *Combate,* música de Rafaello de Banfield; y de Tulio de la Rosa, *Orfeo en los tambores,* y el estreno de *Speed crazy* basado en los personajes y estrellas del cine mudo, con arreglos musicales de Chucho Zarzosa, libreto de Celestino Gorostiza y escenografía de Antonio López Mancera.

519

520

Xochimilco Editions
Colección: La Casa de Santa Bárbara
México
Diciembre 2016
Derechos Registrados D.R. Copyright